

EN PORTADA

«**Babel**» es la última cinta del director de «Amores perros» y «21 gramos». Un fascinante y poderoso fresco sobre el dolor y la incomunicación familiar, rodado a lo largo de todo el planeta

Alejandro González Iñárritu: «Ésta es, con mucho, la película que más me ha transformado»

JAVIER CORTIJO

Un desierto desolado, valga la redundancia. Un disparo inocente, valga la paradoja. Una inesperada presa con ruedas que se detiene. Dos chiquillos que huyen de una travesura prácticamente mortal. La sangre de una víctima por accidente empieza a manar y, con ella, las casi dos horas y media de celuloide demasiado crudo como para ser simplificado como mágico, demasiado directo como para ser despachado como caleidoscópico. Todos estos adjetivos, sin embargo, se vienen pegando a Alejandro González Iñárritu desde que asombró al mundo con «Amores perros» y ladró aún más fuerte con «21 gramos». Ahora, lo ha vuelto a hacer. Y por la puerta grande, ya que «Babel» reúne lo mejor de sus anteriores obras y, de paso, aporta variedad geográfica y «reparto estelar».

Un enorme fresco sobre el dolor y la incomunicación familiar que se vertebra, precisamente, con una bala perdida salida de un rifle en una aldea marroquí y que, por azar, hiere a una turista norteamericana que viaja en un autobús junto a su marido. Y, como si de un efecto mariposa planetario se tratase, este suceso afecta a dos esquinas del globo: México (hacia donde viajan los dos hijos pequeños de la pareja, bajo la custodia de su cuidadora, que se dirige a la boda de su hijo) y Japón (donde vive el hombre que, en una cacería, regaló el rifle de marras al

campesino marroquí). Un bordado exquisito que ha dado frutos tan jugosos como las siete nominaciones a los Globos de Oro (entre ellos, mejor película, director, guión y actor de reparto para un espléndido Brad Pitt) o las trescientas y pico páginas de un maravilloso libro publicado por la editorial Taschen donde Iñárritu despliega visual y verbalmente las claves de su película.

Purgatorio emocional

«En cierto modo, esta película nació de una necesidad moral de purgar y hablar de las cosas de las que mi corazón y mi mente estaban llenos: las increíbles y dolorosas paradojas globales que tenían efectos en territorios cercanos o lejanos y que finalmente desembocaban en tragedias individuales. Primero se fue cocinando a partir de algo que yo tenía atorado en las entrañas, y más tarde, como un concepto que cerraría el tríptico de historias cruzadas que inicié con "Amores perros" y "21 gramos"», confiesa el cineasta. A bote pronto, lo que más sorprende de «Babel» es la extrapolación del universo iñárrituniano, siempre pegado a coordenadas espacio-temporales reducidas. Una amplitud de campo para la que también tiene explicación personal e intrasferible: «Al terminar "Amores perros" viajé muchísimo, incluyendo Japón, lugar que me impactó enormemente. Sin embargo, fijé mi residencia en Los Ángeles para pensar

en mi siguiente proyecto. Casualmente, fue un 7 de septiembre de 2001, y cuatro días después, el mundo iba a dar un vuelco también marcado por el dolor y la incomunicación». Sólo queda resolver la «simpatía» alauita, para la que Iñárritu también tiene sabias palabras: «A los 18 años viajé por primera vez a Marruecos y me impactó tanto estética como culturalmente, aunque supongo que la nube de existencialismo y hachís que respiraba tuvo algo que ver», confiesa.

Ya con los cimientos asentados, y sin el peligro de parecer «un docudrama del National Geographic o, lo que es peor, cuatro cortometrajes inconexos», llegó la auténtica madre del cordero: el rodaje nómada y el reparto heterodoxo. «Ahí sí que empezó la auténtica torre de Babel, parecíamos un circo en permanente ruta. Una situación que podía haber sido mucho peor, ya que a 17 días de empezar, sólo tenía a Brad y Cate en el reparto. Afortunadamente, todo fue sobre ruedas y ni siquiera una superestrella como Pitt puso problemas, al revés: logró desaparecer como celebridad y aceptó todos los retos, que no eran pocos. La suya fue una metamorfosis de libro». Aunque no la única: «Todas las películas te transforman, pero ésta ha sido, con mucho, la que más me ha cambiado y me ha hecho caer en la cuenta de que la gente es esencialmente buena y que, cuanto menos cosas posee, más pura y feliz es», remata.